

CARTA DE CUARESMA DEL 2015 DE MADRE ADELA, SCTJM

“Os voy a mostrar el camino más perfecto: el amor!

(1 Cor 12, 31)



Querida Familia:

El Evangelio de la Cruz: el Evangelio del amor

El tiempo litúrgico de Cuaresma ha comenzado, es un tiempo en que Nuestra Madre la Iglesia, nos invita a fijar nuestra mirada en el amor de Dios-hecho Hombre, que no escatimó en nada por salvarnos hasta llegar a la prueba más grande de su amor, que es la Cruz. El amor en su verdadera esencia es auto-donación, entrega generosa de sí mismo por el otro... el amor si es verdadero, se entrega, se dona hasta las últimas consecuencias. Jesús, como nos dice San Juan nos amó hasta el extremo (*cf, Jn 13*)... sin retraerse jamás de su libre opción de amarnos y de salvarnos aun cuando ese amor le llevase hasta la cruz. La cruz se convierte para nosotros, los que creemos en Cristo, en el signo más elocuente del amor de Dios: en el modelo más perfecto de la autenticidad del amor. Es contemplando la Cruz de Cristo que nuestros ojos son iluminados con la verdad del amor; es en la Escuela del Evangelio de la Cruz -ese evangelio que nos habla de un amor sin condiciones, sin reservas, sin intereses egoístas, sin indiferencias, ni frialdades, ni durezas, ni retaliaciones - que aprendemos el verdadero significado, el verdadero sentido del amor, de su esencia, de su dignidad, su belleza, esplendor y de su camino. Podríamos decir, que la Cruz de Cristo es la escuela luminosa del amor y que cuando el corazón humano no se deja formar en el amor, no se deja tocar por el amor, no se deja sanar por la belleza del amor y no se lanza con valentía y gozo a amar, en cierto sentido renuncia a la verdad sobre sí mismo, niega su grandeza, se diluye, se aprisiona, se despoja de su más profundo sentido...se encierra en su propio mundo y navega en el océano de su vida sin brújula, sin horizonte y sin puerto. Solo quien contempla de corazón el amor de Cristo en la Cruz, se comprende a sí mismo, se sabe amado, y se sabe llamado a amar de la misma forma. Solo en esa contemplación encuentra su mayor sentido y el camino más perfecto de la vida... en pocas palabras, aprende quien es, cuál es su llamado y aprende el significado de la vida, y la forma de vivir... Se entiende desde el amor... se sabe llamado a amar! Se entiende, se valora, se eleva, de entrega...se alegra en la verdad y en el bien...y así se dispone a valorar al otro, a comprenderle, elevarle y servirle, a pasar en el camino de la vida haciendo el bien.. donando amor, ... llenando el mundo con gestos de amor.

Amar como Cristo nos ha amado no es tarea fácil, sin embargo, es el llamado de todo cristiano, de todo discípulo de Cristo. Amar como Él nos ha amado, es nuestra identidad y nuestro propósito de vida, es nuestro camino y nuestra forma de vivir, de relacionarnos con todos y con todo. Aprender a amar como Él nos ha amado es la gran tarea del cristiano: tarea que requiere un trabajo arduo en nuestros corazones, una profunda conversión. Esta conversión, anunciada por el profeta Ezequiel en el capítulo 36, es un arrancar las piedras de nuestros corazones, la dureza de nuestros sentimientos y pensamientos que obstaculiza la libertad del amor, que nos crea barreras que nos separan de Dios y de los demás...que nos llena de frialdad y que nos crea un mundo interior de indiferencia a Dios y a los demás. Esta conversión también, como nos dice el profeta, requiere la purificación de nuestros corazones, limpiar las impurezas, la suciedad y la fealdad, lo contaminado que en ellos reside y que en cierta forma oscurece la belleza, la pureza, la sencillez y la transparencia del amor. La conversión del corazón es el camino de la restauración en el amor y para el amor. Es permitir que el poder del amor de Cristo, que se dejó traspasar el Corazón para darnos un nuevo corazón, nos transforme, nos redima, nos purifique y nos libere de toda falta de amor. La conversión es abrir de par en par nuestro corazón encerrado y centrado en nosotros mismos, para que la gracia y el poder del amor de Cristo lo abra a un nuevo horizonte, un horizonte puro, claro, luminoso y generoso... el horizonte del verdadero amor....

La conversión del corazón es descubrir y contemplar ante nuestros ojos un nuevo camino, el más excelente, el más perfecto, como nos dice San Pablo en su carta a los Corintios capítulo 12, 31.... Y ese camino que éste gran apóstol de los gentiles quiere mostrarnos, es el único en el cual podemos realizarnos plenamente, el único por el cual podemos con certeza alcanzar la madurez humana y cristiana, el único camino que nos ha marcado Nuestro Señor desde su Encarnación hasta la Cruz... este camino perfecto es el amor: y este amor es exigente, o sea, requiere que caminemos la senda estrecha y cuesta arriba de la conversión del corazón para romper la estrechez egoísta de la auto-referencialidad, indiferencia y egoísmo utilitarista, para ensanchar la tienda y donarnos con alegría buscando siempre hacer el bien a los demás.

La carta Magna del Amor: el camino más perfecto...

En el discurso que el Papa Francisco impartiera este pasado 14 de Febrero cuando creó 20 nuevos Cardenales para la Iglesia, les llamó y en ellos a todos nosotros, a dejarnos guiar y vivir coherentemente el “himno de la Caridad” que San Pablo nos presenta en su Primera Carta a los Corintios: *“será bueno que todos, yo en primer lugar y vosotros conmigo, nos dejemos guiar por las palabras inspiradas del apóstol Pablo, en particular aquellas con las que describe las características del amor. Que María nuestra Madre nos ayude en esta escucha. Ella dio al mundo a Aquel que es «el camino más excelente» (cf. 1 Co 12,31): Jesús, caridad encarnada; que nos ayude a acoger esta Palabra y a seguir siempre este camino... que aprendamos a ensanchar el corazón, a dilatarlo según la medida del Corazón de Cristo”*, que se nos revela en esta luminosa carta de San Pablo, capítulo 13 y que nos reta a buscar el camino más perfecto para todo cristiano. Este himno al Amor, es como nos dijese San Juan Pablo II, la Magna Carta del Amor:

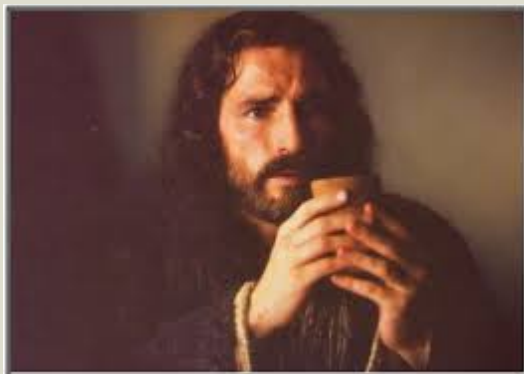
“Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe.
Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada.
Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se engríe, sino procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tienen en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad.
El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.
El amor no pasará jamás.

En una palabra, ahora existen tres cosas: la fe, la esperanza y el amor, pero la más grande todas es el amor”.

Este amor, el camino más perfecto, al que el apóstol Pablo dedicó un himno en la primera carta a los Corintios — amor «paciente», «servicial», y que «todo lo soporta» (1 Co 13, 4. 7)—, es ciertamente exigente, pues nos llama a un cambio profundo de corazón, a una conversión seria. Este himno refleja la gran belleza, la potente bondad y el esplendor de la verdad sobre el amor. Precisamente esta belleza, esta bondad y esta verdad es la razón de su exigencia. Los cristianos contemplamos en la cruz de Cristo, la verdad sobre el amor, y no podemos conformarnos con vivir “cualquier forma de amor”, o de “diluir la exigencia del amor”, o “dejarnos robar el auténtico significado del amor”... no podemos simplemente vivir el camino ancho del egoísmo y no dejarnos interpelar por la luminosa verdad del amor de Cristo revelado en todo el misterio de la Encarnación y que alcanza su más alto esplendor en la Cruz. Por esta razón, los cristianos debemos tener en nuestros hogares, en nuestros cuartos, un crucifijo, el signo luminoso del amor de Dios por la humanidad. El crucifijo nos recuerda que el amor es cierto si es capaz de llegar hasta el extremo de la donación sincera y total.

El amor es cierto si es incondicional... el amor es cierto si es puro, si es transparente, libre de deseos o pasiones



contaminantes que lo diluyen o lo ensucian. El amor es cierto si es servicial, si está atento a las necesidades de los demás, si es creativo en sus respuestas a estas necesidades, si está en búsqueda, siempre en búsqueda de hacer el bien... El amor es cierto si se contenta con la verdad, sino busca su propio interés, sino lleva cuenta del mal, sino se irrita y hiere con palabras, gestos o indiferencias... si no ofende o agrede al otro.. el amor es cierto si es delicado, paciente, si sabe esperar dando la mano mientras se espera... el amor es cierto si responde al mal con la fuerza del bien... el amor es cierto si todo lo disculpa, si no exagera el mal recibido, si no busca retaliaciones, si no se auto-preserva centrándose en sí mismo... el amor es cierto si reconoce el don personal y el don del otro, si lo custodia y lo edifica... El amor es cierto si no procede con bajeza, con deshonestidad o manipulaciones, si no es envidioso,

si no es jactancioso, si no hace alarde, si no es orgullo o altanero.. El amor es cierto si es fiel, permanente, duradero en el pasar del tiempo.. si entiende que la permanencia da seguridad y confianza, si sabe permanecer incondicionalmente sin fluctuar según sus sentimientos o emociones. El amor es cierto si es valiente, si no huye

ante las dificultades, sino que sabe asumirlas, cargarlas, enfrentarlas y elevarlas. El amor es cierto si en el cansancio busca la fuerza, si en la debilidad busca la fortaleza... El amor es cierto si busca su fuerza en el amor de Dios y por eso es capaz de "soportarlo todo"... el amor es cierto si es difusivo, si irradia el verdadero bien y solo busca hacerlo. El amor es cierto si no es caprichoso, voluntarioso, si sabe ceder, aceptar y posponerse, para dar paso al otro...para no imponerse o para no obstaculizar el camino del otro. El amor es cierto si es sabio, si sabe distinguir lo más importante y sabe establecer prioridades fundamentadas en valores permanentes y sólidos. El amor es cierto si encuentra su gozo en amar, en dar más que en recibir. El amor es cierto si es responsable, si sabe proteger, custodiar y cultivar el don confiado a sus manos y sabe valorarlo sin poseerlo para su satisfacción, proyecto o interés egoísta. El amor es cierto si no busca venganza, herir a quien nos hiere, revelar la falta de quien nos ofende o exponerle y hacerle lucir mal ante los demás... El amor es cierto si es justo, si no exige lo que es no es capaz de dar, si exige de los demás lo que primero ha donado el mismo, si espera de los demás lo que primero ha hecho, si sabe incluir en su mirada de la realidad y de los eventos, no solo un aspecto o un defecto, o un hecho, sino ver toda la verdad, incluyendo la totalidad de la persona y de sus actos. El amor es cierto si está siempre atento a las necesidades de los demás, del bien común.....si sabe poner su vida, su don personal, a la construcción del cuerpo que le corresponde edificar... El verdadero amor es sereno, tranquilo, como la fuente de agua que está siempre abierta, y por lo tanto no tiene que derramarse con fuerza arrasadora, pues siempre está abierta, ni tiene que cerrarse ante las dificultades de quien recibe, pues su donación no depende del recipiente... *El verdadero amor es algo distinto de lo que nos dice el mundo, un mundo que no fundamenta su lógica en los valores del Evangelio... El verdadero amor tiene su propia ciencia, su propia medida, sus propios valores, sus propias razones y sus propias alegrías...* El verdadero amor es una lógica diferente, vivida y enseñada por Cristo, y que cierra su último capítulo en la donación sin límites en su pasión y muerte en la Cruz... en su constante donación en la Eucaristía, en su triunfo definitivo sobre las fuerzas del mal con la fuerza de la Resurrección...El verdadero amor es algo distinto... es otra cosa.....algo que solo podemos entender desde la ciencia y la lógica de la Encarnación..... algo que solo podemos entender desde la Escuela del Evangelio de la Cruz: *"no hay amor más grande del que da la vida por sus amigos"* (Jn 15, 13)...

Las amenazas al amor en nuestro propio corazón.

En el Evangelio de San Marcos capítulo 7 en el versículo 18, escuchamos a Jesús hablarnos de las amenazas, los peligros y las batallas que se libran en nuestro corazón en contra del amor. *"¿No saben que nada de lo que entra de afuera en el hombre puede mancharlo?".* Luego agregó: *«Lo que sale del hombre es lo que lo hace impuro. Porque es del interior, del corazón de los hombres, de donde provienen las malas intenciones, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, los engaños, las deshonestidades, la envidia, la difamación, el orgullo, el desatino. Todas estas cosas malas proceden del interior y son las que manchan al hombre.»*

Los peligros, las amenazas que incumben sobre el amor constituyen también una amenaza a la civilización del amor porque favorecen lo que es capaz de contrastarlo eficazmente. Piénsese ante todo en el egoísmo, no sólo a nivel individual, si no también de la pareja o, en un ámbito aún más vasto, en el egoísmo social, por ejemplo, de clase o de nación. El egoísmo, la búsqueda desordenada del bien solo para sí mismo, en cualquiera de sus formas, se opone directa y radicalmente a la civilización del amor. Estas amenazas surgen, si, surgen en el corazón humano y endurecen, enfrían y contaminan el corazón... encerrándolo en el egoísmo, la indiferencia, la dureza, los apetitos desordenados, la competencia, el orgullo, la vanidad y la rivalidad, la venganza y el odio.. y cuando estas actitudes oscuras se asumen como forma normal de vida, va influenciando la cultura, haciéndola una cultura de egoísmo, de indiferencia, de descarte, de violencia e irresponsabilidad,



de seducción, manipulación y mentira... una cultura permisiva y superficial, materialista, exclusivamente funcional, y utilitarista... en fin va construyendo una civilización de la satisfacción inmediata del individuo, del egoísmo utilitarista y manipulador por encima o en contra de las exigencias objetivas del verdadero bien. Y así se empieza a construir la cultura de la muerte, del egoísmo auto-referencial, de la indiferencia, de la impureza y del desecho de la persona humana. Una cultura que es una antítesis a la civilización del amor que es el Reino que Cristo ha venido a establecer con su vida, sus palabras, sus gestos, sus obras, su pasión, muerte y resurrección.

Para vencer estas tendencias pecaminosas, estas amenazas al amor, hay que rasgar el corazón, arrancar esos pecados desde sus raíces... por esto en Cuaresma, como tiempo singular de gracia, oración y penitencia, de caridad sincera, estamos llamados a la conversión de corazón..."vuelvan a mí de todo corazón, con ayuno, llantos y lamentos. Desgarren su corazón y no sus vestiduras" (Joel 2, 12-13). Es un llamado a precisamente no conformarnos con los cambios externos, sino con el examen serio del interior de nuestros corazones, reconociendo que nuestros pecados, esas amenazas a la verdad, la bondad y la belleza del amor en todas sus dimensiones,

surgen en nuestros corazones no viene desde afuera, no las producen otros o situaciones externas, sino que son áreas en nuestros corazones que están contaminadas, impuras, endurecidas...encerradas en la enfermedad de la auto-referencia: en la cerrazón mortal en sí mismos, como nos ha dicho el Papa Francisco en su Carta de Cuaresma de este año.

El himno al amor es un canto de liberación y un examen de conciencia

“Os voy a mostrar el camino perfecto”, nos dijo San Pablo en su carta a los Corintios, en ese himno al amor.... que se convierte en un canto de liberación de todo lo que se opone al amor en nuestros corazones. Al contemplar “ese camino perfecto del amor”, ese camino que nos describe tan claramente el rostro, el corazón y la vida de Cristo, particularmente durante su Vía Crucis, tenemos ante nuestros ojos un examen de conciencia concreto, que nos interpela a colocarnos frente a Jesús en su Pasión de amor y hacernos una pregunta fundamental: ¿Dónde está mi corazón? ¿Qué civilización se construye en mi corazón, la del amor, la del bien, la del perdón, la generosidad, la paciencia, la de la solidaridad y la ternura? o la del egoísmo, la de la envidia, la de la rivalidad, la de la mentira, la manipulación, el rechazo o la indiferencia? Les invito a rezar el Vía Crucis, contemplando el camino perfecto del amor y abriendo nuestros corazones para que Jesús nos enseñe a amar como Él nos ha amado.

La Himno al amor que nos describe San Pablo, nos canta la verdad del rostro y corazón de Cristo que está frente a cada uno de nosotros en el camino de la Cruz, igual que estuvo ante el Cirineo. Si estuviésemos de frente a Cristo Sufriente, a Cristo que nos ha amado hasta ese extremo... si viésemos sus ojos y escuchásemos su Corazón...



si pudiésemos preguntarle con nuestra mirada interrogadora el porqué de su libre elección de amarnos así... podríamos escucharle en el silencio potente y elocuente de su pasión, respondernos: *“porque el amor es paciente, el amor es servicial. El amor no se irrita, no es envidioso, no hace alarde, no se engríe, el amor es puro, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no tienen en cuenta el mal recibido.. sino que lo asume y lo carga en una cruz... El amor se alegra en hacer y pasar haciendo el bien siempre. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasará jamás. Y ese es, querido hijo, querida hija, el triunfo de la Cruz, ese es el triunfo definitivo del amor, de Mi amor.... Solo pregúntate sin en tu corazón, esta clase de amor ha triunfado, si en tu corazón Mi amor ha triunfado.... Si es al amor que tú le dejas triunfar ante las amenazas que surgen en tu propio corazón.*

Pregúntate, si construyes la civilización del amor en tu propio corazón, si la construyes con el prójimo, si la construyes en el mundo que te rodea... Simplemente mírame y pregúntame, si quieres amar

libremente, con el poder de Mi amor. Déjame interpelar tu corazón con el esplendor luminoso y exigente del amor, pues al final lo único que triunfa, lo único que permanece, lo único que es fecundo, lo único que da vida, lo único que es verdadero y eterno, es el Amor como yo se los he enseñado con mi propia vida”.

En esta cuaresma, querida Familia, les presento la Carta Magna del amor cristiano, el Himno más elocuente del amor cristiano, como nuestro examen de conciencia, para que el fruto de esta Cuaresma sea crecer a la luz del Evangelio del amor, en una profunda conversión de corazón. Que esta Cuaresma, escuchando a Jesús declaramos esta carta magna con la cruz a cuestas, haya tal conmoción interior que desgurremos el corazón, le arranquemos las durezas y le limpiemos las impurezas y contaminaciones. El rostro de Cristo, golpeado, rasgado, herido, ensuciado, coronado de espinas, nos revela nuestro propio corazón, revela cuan serias son las amenazas al amor en nuestro corazón y en nuestras familias, en nuestros ambientes y en el mundo entero.

Les exhorto a tomar la Carta Magna del amor cristiano, que es el camino más perfecto del amor, y tengamos la valentía de recorrer este camino confrontando nuestros propios corazones con esa verdad, que nos dejemos interpelar por la paciencia de Cristo, por su magnanimidad, por su misericordia, por su generosidad, por su fidelidad, por su silencio, por su bondad....y que cada descripción del amor que nos narra San Pablo, sea una pauta concreta de nuestra propia reflexión, para que nos demos cuenta de las amenazas, las ofensas, las faltas de amor que hay en nuestro corazón. Les sugiero colocar cada descripción del amor de esta carta a los Corintios, una por una, y allí mirando a Jesús, se hagan preguntas fundamentales que les lleve a examinarse a la luz de cada característica del verdadero amor.

Que nuestro examen de conciencia basado en el Amor cristiano, nos lleve a la fuente inagotable de misericordia, el Corazón Traspasado de Cristo, que lo encontramos siempre abierto en el Sacramento de la Confesión. Al final de nuestras vidas, como dijo San Juan de la Cruz, seremos juzgados en el amor... Es por ello que aprender en la Escuela del Amor a mirarnos a nosotros mismos y juzgar con honestidad nuestros sentimientos y actos a la luz del amor cristiano, es una tarea indispensable para la liberación de nuestros corazones, para superar en nosotros toda clase de egoísmo y para el crecimiento cierto en la santidad personal que construye en nuestras familias y en la familia espiritual, una civilización de amor. Este examen solo dará frutos permanentes y ciertos, si concluye en actos concretos de amor, de bien, de donación sincera y generosa. Por ello, es que les invito a que este examen de conciencia fundamentado en la verdad del amor cristiano, nos lleve a una sincera conversión de corazón y a la

gracia inmensa del Sacramento de la Reconciliación, que ejerza su fecundidad en actos concretos de amor y solidaridad hacia nuestros hermanos, particularmente a los que nuestra falta de amor ha ofendido, olvidado o herido... y a los que la cultura del egoísmo, del descarte, y de la indiferencia ha olvidado: los más pobres, enfermos, los perseguidos y desplazados por la fe, los emigrantes, los abandonados, nuestros hermanos y hermanas que en el camino de este examen en el amor, surgen ante nuestros ojos y los encontramos tirados en la calle de nuestro mundo contemporáneo. Que nos convirtamos en buenos samaritanos para que vayamos construyendo diariamente un mundo más humano, más solidario y más digno de la persona humana.

La civilización del amor, una cultura de solidaridad:

Al meditar el capítulo 13 de la primera carta de Pablo a los Corintios, nos situamos en el camino que nos ayuda a comprender de modo más inmediato e incisivo, la plena verdad sobre la civilización del amor. Ningún otro texto bíblico expresa esa verdad de una manera más simple y profunda que el himno a la caridad. Nos hace recordar que el mandamiento por excelencia es el Amor: *“Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado”*. (Jn 13, 34)



En su Carta de Cuaresma para este año, el Santo Padre Francisco nos dice: *“La caridad de Dios rompe esa cerrazón mortal en sí mismos de la indiferencia. Solo se puede testimoniar lo que antes se ha experimentado. El cristiano es aquel que permite que Dios lo revista de su bondad y misericordia, que lo revista de Cristo, para llegar a ser como Él, siervo de Dios y de los hombres”*.

Contemplar la verdad sobre el amor, no solo nos libera de lo que en nuestros corazones no es amor verdadero, o incluso de lo que ofende y oprime al amor, sino que nos impulsa con fuerza a salir en los caminos de nuestra propia vida y a fijarnos en el hermano que necesita de nuestro cuidado, socorro y de nuestra presencia. Solo el que ha convertido su corazón en hogar de amor, puede tener el corazón de buen samaritano. Solo quien ha conocido el

amor de Dios revelado en el rostro y corazón de Cristo, solo quien ha conocido el Amor verdadero, se deja preguntar por Dios, “¿dónde está tu hermano?” (Gen, 4,9) y no responde como lo hizo Caín: “«No lo sé», respondió Caín. «¿Acaso yo soy el guardián de mi hermano?”, o como lo hicieron el sacerdote y el levita de la parábola del buen samaritano (Lc 10: 25-37), que viendo al hombre golpeado y herido, dejado medio muerto en el camino a Jerusalén, lo vieron, pasaron de largo siguiendo su camino. Solo un samaritano que viajaba por allí, se detuvo y se conmovió de él. Este samaritano, no solo lo vio, se detuvo, vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino, sino que lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo... dando de sus bienes al dueño del albergue y cubriendo los gastos de mas que pudieran surgir en el cuidado del herido. El que tuvo compasión del hombre asaltado y herido, el que se hizo guardián de este hombre y lo cuidó, el que se hizo responsable del dolor del otro, este, dijo Jesús, sabe ser hermano, sabe quién es su prójimo.

En esta Cuaresma querida Familia, esta pregunta que nos ha presentado Dios a través del Santo Padre debe resonar en nuestros corazones: *“¿dónde está tu hermano? Pregunta que nos saca a través del amor de toda indiferencia personal o familiar, eclesial o social, porque “también como individuos tenemos la tentación de la indiferencia. Estamos saturados de noticias e imágenes tremendas que nos narran el sufrimiento humano y, al mismo tiempo, sentimos toda nuestra incapacidad para intervenir. ¿Qué podemos hacer para no dejarnos absorber por esta espiral de horror y de impotencia?”*

¿Dónde está mi hermano sufriente? Y que puedo hacer por ese hermano? Son preguntas que deben encontrar respuestas en nuestros corazones y respuestas que sean dignas del amor. La respuesta digna del corazón humano, digna del amor, debe darse según el Santo Padre Francisco nos indicó en su Carta de Cuaresma, con tres pasos sencillos y concretos que aquí les cito:

1. podemos orar en la comunión de la Iglesia terrenal y celestial. No olvidemos la fuerza de la oración de tantas personas. La iniciativa 24 horas para el Señor, que deseo que se celebre en toda la Iglesia —también a nivel diocesano—, en los días 13 y 14 de marzo, es expresión de esta necesidad de la oración ante tantos sufrimientos de la humanidad de hoy.
2. podemos ayudar con gestos de caridad, llegando tanto a las personas cercanas como a las lejanas. La Cuaresma es un tiempo propicio para mostrar interés por el otro, con un signo concreto, aunque sea pequeño, de nuestra participación en la misma humanidad.
3. el sufrimiento del otro constituye un llamado a la conversión, porque la necesidad del hermano me recuerda la fragilidad de mi vida, mi dependencia de Dios y de los hermanos. Para superar la indiferencia y nuestras pretensiones de omnipotencia, quiero pedir a todos que este tiempo de Cuaresma se viva como un camino de

formación del corazón, como dijo Benedicto XVI (Ct. enc. Deus caritas est, 31). *Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a los hermanos y hermanas. En definitiva, un corazón pobre, que conoce sus propias pobreza y lo da todo por el otro.*

Una Cuaresma llena de diarios y muchos gestos de bien

Querida Familia, en esta Cuaresma, también les pido que seamos como el buen samaritano, que no veamos en las noticias los sufrimientos de nuestros hermanos, y pasemos de largo, que nos detengamos primero con la oración, el ayuno, la intercesión constante, el rezo del Santo Rosario, para obtener el aceite y el vino de la Misericordia de Dios sobre las grandes llagas, azotes y heridas de nuestros hermanos. Que luego hagamos gestos de caridad concretos, especialmente por los que están más abandonados, los que necesitan que los pongamos sobre nuestros hombros y le llevemos a un albergue. Sepan disponer con sabiduría y generosidad sus bienes al servicio del bien de los que sufren o de los que pueden aliviarlos. Quisiera invitarles a que personalmente y/o en familia, hagan una alcancía de Cuaresma, y cada día coloquen en esa alcancía el fruto de sus sacrificios y ayunos de Cuaresma, y que esos sacrificios alivien la pobreza del prójimo. Que el fruto de sus ofrecimientos de cuaresma de vida a muchos, espiritualmente pero también, materialmente. Cuantos hermanos desplazados de sus hogares e Iglesias en Irak y Siria, perseguidos, hambrientos, padeciendo el martirio en diferentes formas incluso dando la vida por Cristo y el evangelio, necesitan de nuestra ayuda? ¿Cuántos hermanos en Nigeria han perdido la vida y han visto todas sus iglesias ser quemadas, recibiendo este Miércoles de Ceniza, la cruz en su frente con las cenizas de sus iglesias quemadas? ¿Cuántos niños, víctimas de la trata humana, de esta nueva forma de esclavitud, son vendidos para intereses económicos y malévolos de muchos? ¿Cuántos sufren de sed, de hambre, de enfermedades incurables, o de epidemias que se esparcen por la falta de higiene, medicinas y hospitales? ¿Cuántos han perdido todo y a tantos como consecuencia de desastres naturales? ¿Cuántos cerca de nosotros están enfermos, solos, desesperados, o sobrecogidos por el dolor o el miedo, y solo necesitan saberse acompañados, valorados y amados? ¿Cuántos niños o ancianos, discapacitados o con dificultades físicas o mentales, están amenazados bajo la eutanasia? ¿Cuántos viven bajo la guerra o la amenaza de ella, cuanto podríamos dedicarnos a construir la paz? Si, hay mucho dolor en y alrededor nuestro.... ¿Que podemos hacer para no pasar de largo? *Oremos, ayunemos y ayudemos con gestos de amor solidario!*

Que esta Cuaresma se trate de lo que verdaderamente significa: El amor hasta el extremo! Que Jesús nos revele su Corazón, que nuestra Señora, quien junto a Jesús caminó el camino del amor hasta el extremo, nos enseñe que el amor es la más grande dignidad del corazón humano y es siempre nuestra libre opción. Ella que cantó el himno de la Caridad Materna, que hizo de su vida un don de amor a Cristo y a la humanidad, nos guíe por la senda del amor y de la solidaridad incondicional... Que Ella, mensajera y apóstol del amor de Cristo a la humanidad, nos enseñe a ver, escuchar y a responder con la prontitud propia del amor, a los que sufren... que Ella nos enseñe a aliviar las llagas del Cuerpo Místico de Su Hijo. Ella que abrazó a Cristo Crucificado, que le sostuvo con su mirada materna y lo recogió en sus brazos maternos, nos enseñe a sostener a la Iglesia y a la humanidad en los sufrimientos de hoy. Que llenemos esta Cuaresma de gestos concretos de caridad fraterna y así seamos buenos samaritanos en la historia del mundo de hoy.



Que esta Cuaresma este llena de diarios gestos de amor, que seamos creativos para el amor, que seamos presurosos en llenar el mundo con gestos de amor....que vencamos al mal a fuerza de muchos gestos de bien. Que el Señor nos dé un corazón semejante al suyo! ...para que podamos ver la realidad del amor cristiano desde la mirada de Cristo, para que podamos tener un corazón más puro, más noble, más amoroso y tierno, más vigilante y generoso, más misericordioso, más fuerte y más valiente para ser plenamente libre para amar. Que vencamos la "cultura de la indiferencia y del egoísmo" y que construyamos activamente: **La Civilización del Amor, la cultura del Evangelio**".

Concluyo esta pequeña reflexión con una petición del Papa Francisco: *"Quiero pedir a todos que este tiempo de Cuaresma se viva como un camino de formación del corazón"*.

Madre Adela, sctjm

Mother Adela, sctjm
Fundora